



OSCUMINAR

AUTOR

Martín Kohan
FFyL–Universidad de Buenos Aires /
Facultad de Humanidades–Universidad de la Patagonia)

Cómo citar este artículo:

Kohan M. (2022). Oscuminar. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 13, 39-42.

Artículo

Recibido 15/08/2021
Aprobado 21/10/2021

No era como yo creía, que los gatos ven en la oscuridad mejor que nosotros, los humanos. Yo envidiaba ese poder, ese rasgo de superioridad consumada. Algo de eso había, en efecto, pero no era exactamente así. No es exactamente así. No es que vean en la oscuridad ahí donde nosotros no vemos; es que lo consiguen más rápido, a nosotros nos lleva más tiempo. Se trata de la dilatación de las pupilas, aunque la manera informal de decirlo es infinitamente mejor: se trata de *acostumbrar la vista*. A nosotros nos lleva un rato, en los gatos es instantáneo (como si alguien, por milagro, se pudiese acostumbrar *de repente*; como si el propio acostumbramiento pudiese ser asunto de un momento y no de la duración). En ese lapso intermedio en el que nosotros todavía no vemos nada, en ese lapso intermedio en el que para nosotros todavía no hay nada, los gatos ya ven. Esos bordes, esos contornos, los matices y los reflejitos que para nosotros existirán sólo después, para ellos ya están ahí, para ellos ya existen. En ese tramo de discordancia en el tiempo nos aventajan, se nos adelantan. De ahí proviene la impresión de que ellos pueden ver en la oscuridad y nosotros no. La vista, podría decirse, les viene acostumbrada desde antes. Pero acaso en ese poder hay otro, más asombroso. No el de ver *en la oscuridad*, sino el de ver *la oscuridad*, el de ver la oscuridad misma. Que la oscuridad no sea el contexto en el que hay que tratar de ver, sino aquello que hay que ver. Que no sea lo que impide la visión, o al menos la dificulta, sino el objeto mismo de la visión. ¿Qué significa el no ver nada del que se encuentra en un lugar oscuro? No es cierto que no vea nada. Está viendo la oscuridad.

¿No fue así como empezó el universo, acaso? Si nos atenemos a la Biblia, sí; había oscuridad, y se hizo la luz (uso el impersonal, porque Dios es impersonal). De la nada, se hizo algo. Pero esa nada no era nada, esa nada ya era algo: era la propia oscuridad. Y era eso lo que, hasta ese momento, había para ver. Y Platón, con su caverna, en otro mito fundacional, ¿no planteó acaso algo análogo? El contraste entre la oscuridad y la luz, es decir, entre la ceguera y la visión, es decir, entre la ignorancia y el saber, ese decir, entre el engaño y la verdad, es decir, entre la apariencia y la esencia. Pero incluso en ese corte alegórico tan tajante, no dejaba de advertirse que el destello repentino de la luz podía también enceguecer, que podía también encandilar. Y la falta de visión, tan propia de la caverna, no era en verdad falta de visión, era en rigor visión de sombras. ¿Sombras, nada más? ¿O sombras *nada menos*? Porque también las sombras, llegado el caso, son algo para ver. Y no como derivación, sucedáneo, reflejo distorsionado de la cosa misma, como alegaba Platón, sino como un objeto interesante de por sí. Un poco como en el juego de las sombras chinas, en el que hay que olvidarse de las manos (y de las sombras como proyección de las manos) para poder ver otras cosas

(cosas que brotan en la sombra, que no están más que en la sombra).

La oscuridad para ver, la oscuridad dando a ver. Víctor Shklovski, uno de los más grandes teóricos de la literatura del siglo XX, propuso hacia 1917 una hipótesis fundamental sobre la especificidad literaria, aquello que hace que la literatura sea literatura. La definió desde un efecto de extrañamiento. En la vida cotidiana, formulaba Shklovski, a fuerza de repetición y de costumbre, la percepción se automatiza al punto de convertirse incluso en apercepción. Es como si eso que hacemos y percibimos todos los días, mecánicamente, dejáramos de percibirlo; lo vemos pero no lo vemos, lo hacemos pero no lo registramos. La literatura, decía Shklovski, no hace sino desautomatizar, extrañificar, devolvernos a la visión primera, devolvernos a la percepción de eso que habría ido a parar a la apercepción. Para eso, especificaba, algo pasa con el lenguaje, y él lo definía como un “oscurecimiento de la forma”. Porque también las palabras se automatizan en el uso cotidiano, las usamos sin percibir las en tanto que palabras, como si fuesen transparentes. Al oscurecer su forma, la literatura las vuelve perceptibles, porque pone en evidencia que no existen sino con formas; y pone en evidencia entonces que las palabras están ahí, que hay palabras de por medio, que no es sino con palabras que entramos en relación con las cosas. La oscuridad (el oscurecimiento de la forma) no es por lo tanto aquello que impide ver, sino justamente lo contrario: es aquello que permite ver. En ese punto en el que la claridad deriva en transparencia, y la transparencia de lo transparente es lo que lo vuelve imperceptible, la oscuridad de un opacamiento es ni más ni menos que lo que da a ver: en tanto que oscuridad, ilumina. Extrañamiento: más que acostumbrar la mirada, se trata de *desacostumbrarla*.

Y es que en este sentido lo que impide un conocer no es el desconocer, sino el reconocimiento. El reconocimiento que nos entrapa en lo que ya sabemos, en lo que presentimos, en lo que ya desde antes esperamos, eso que no deja aparecer nada que no se suponga previamente. Desconocer (lo conocido), para poder conocer. Es decir, oscurecer para poder ver o iluminar.



SOBRE EL AUTOR

Martin Kohan

martindiegokohan@gmail.com

Profesor de Literatura, escritor y crítico literario. Enseña Teoría Literaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se doctoró; y de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la Patagonia. Ha publicado las novelas: *La pérdida de Laura* (1993), *El informe* (1997), *Los cautivos* (2000), *Dos veces junio* (2002), *Museo de la revolución* (2007), y *Ciencias Morales* (2007) por la cual ha obtenido el Premio Herralde de Novela, *Cuentas pendientes* (2010), *Bahía Blanca* (2012) y *Fuera de Lugar* (2016).. También, ha publicado los libros de cuentos: *Muero contento* (1994), *Una pena extraordinaria* (1998), y *Segundos afuera* (2005) y *Cuerpo a tierra* (2015); y los libros de ensayo: *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (1998) (en colaboración) y *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004) *Narrar a San Martín* (2005), *El país de la guerra* (2014) y *Ojos brujos. Fábulas de amor en la cultura de masas* (2016). Habitualmente publica artículos sobre literatura en medios académicos y periodísticos.